



# 01/Espiritualidad cristiana en diálogo con la Filosofía, Psicología y Teología

**Manuel García Hernández,**  
Sacerdote diocesano de Granada.  
Profesor Titular jubilado de la Universidad de Granada.

En los actuales tiempos postmodernos, urge que la espiritualidad cristiana entre en diálogo con otras espiritualidades que están surgiendo en nuestra cultura, especialmente influenciadas por las tradiciones orientales. Para ello, es necesario que nuestra fe se haya purificado con la crítica que la modernidad, especialmente a través de la Filosofía y el Psicoanálisis, ha hecho de la religión. A la vez, se precisa recuperar lo más valioso de la tradición espiritual cristiana y propiciar, mediante un pensamiento teológico actualizado, el encuentro del cristiano con Dios y con el hombre de hoy.

*Palabras clave: Cristianismo, ateísmo, psicoanálisis, nuevas espiritualidades.*

In today's postmodern times, it is urgent that Christian spirituality enters into dialogue with other spiritual ones that are emerging in our culture, especially those influenced by Oriental traditions. To do this, it is necessary that our faith has been purified by the critique that modernity, especially through philosophy and psychoanalysis, has made of religion. At the same time, it is essential to recover the most valuable aspects of the Christian spiritual tradition and to propitiate, by means of an update theological thought, the meeting of de Christian of today with God and man.

*Key words: Christianity, atheism, psychoanalysis, new spiritualities.*

tamos resumir, en primer lugar, la crítica que la Filosofía contemporánea y la Psicología (especialmente el Psicoanálisis) ha hecho del cristianismo, para pasar a ver otras psicologías actuales de corte más espiritual.

En segundo lugar, señalamos algunos rasgos fundamentales de una espiritualidad cristiana acorde con el siglo XXI, para terminar con el lugar de la Teología hoy, en su deber de reflexionar la fe a la luz de los tiempos actuales en los que se prodigan “espiritualidades sin Dios”.

## 1/

En el marco de nuestra sociedad secularizada en el que la increencia va en aumento y el cristianismo, como religión establecida, corre en descenso, asistimos, sin embargo, a un incremento del interés por la espiritualidad.

El resurgimiento actual de espiritualidades diversas, fruto, en gran medida, del cruce de tradiciones de Oriente con Occidente, pone de manifiesto el anhelo de trascendencia que subyace en el ser humano; dimensión que ha sido negada por la modernidad, en base al pensamiento ilustrado.

Los actuales tiempos postmodernos parecen, pues, más propicios para este “**retorno de lo sagrado**”, y ello plantea un reto para la espiritualidad y la teología cristianas.

Por una parte, es necesario seguir dialogando con la filosofía y psicología contemporáneas, con el fin de purificar la religión de contradicciones y rémoras pasadas.

Por otra, el diálogo interreligioso requiere establecer un encuentro con otras tradiciones y formas religiosas que, sin menoscabar la identidad propia, puedan propiciar un enriquecimiento mutuo.

En el breve espacio del presente artículo inten-

## 2/

### Crítica de la Filosofía y Psicología al Dios cristiano.

La crítica de la modernidad al cristianismo por parte de la filosofía, encuentra su principal discurso en el humanismo ateo de **Feuerbach**, desarrollado después por **Nietzsche**, **Marx** y **Freud**. Dios no tiene identidad propia, sino que es una creación interesada del hombre, en base a la proyección de los deseos humanos infantiles no satisfechos.

“**En consecuencia, todas las religiones son creaciones humanas, aunque se afirmen como inspiradas, y la idea de omnipotencia divina tiene los contenidos que el hombre proyecta sobre ella**” (**Estrada, 2018, p.39**).

Por tanto, no es Dios el que crea al hombre a su imagen y semejanza, sino justo lo contrario; es el hombre, llevado de su necesidad, el que crea su Dios.

El Dios proyectado se convertiría en rival del hombre, pues debilita a la humanidad en su proyecto de autonomía y realización, dejándola anclada en sus necesidades narcisistas e ilusorias. El vacío que deja la necesidad de un Dios omnipotente, lo resuelve Feuerbach desplazando los atributos divinos al colectivo humano en su progreso histórico. La humanidad y su desarrollo son, pues, para el filósofo alemán, la alternativa a la religión.

La crítica de Feuerbach nos pone en serio aviso de los peligros que suponen nuestras proyecciones de omnipotencia en Dios, cuyas imágenes hemos de purificar a la luz del Evangelio; volveremos sobre esta cuestión. No obstante, aunque la fe en Dios tenga una dimensión proyectiva inevitable, no es cierto que el deseo de Dios sea siempre una creación humana. La sed del hombre no supone la aporía de inventar una fuente de agua inexistente; más bien parece lo contrario, tenemos sed porque existe la fuente.

Desde el Psicoanálisis, la tesis de Feuerbach se reafirma y desarrolla en Freud con las representaciones del “**Dios ilusorio**” creado desde los atributos positivos del universo materno y paterno del niño, que proporcionan seguridad al adulto, como señala **Domínguez (1992)**. El vínculo de fusión del niño con la madre no pasa desapercibido para el fundador del Psicoanálisis, que lo reconoce proyectado a niveles inconscientes en las representaciones unitivas y protectoras de Dios.

Bajo la configuración del padre, el niño rompe con lo fusional-materno creando límites y autonomía, a la vez que se configura en él la imagen del Dios omnipotente y omnisciente, que incorpora también la ley y la ambivalencia afectiva hacia la divinidad.

Todo el rico imaginario religioso católico, referido a la Virgen María, la Iglesia y la experiencia mística, conecta al creyente con el universo amoroso-fusional experimentado con la madre. La imagen, para muchos, del Dios-Padre “**que premia a los buenos y castiga a los malos**” y

reclama el sacrificio expiatorio de su Hijo en la cruz, deriva de lo paterno. En este caso, el compromiso, pero también la prohibición, la culpa y el castigo, a instancias de un superyó celoso, introducen al creyente en la religión del cumplimiento, la ley y el mérito.

Será necesario un largo y difícil proceso de conversión evangélica, como señala Domínguez (1992), para pasar del Dios infantil, que muy pronto fuimos construyendo en base a miedos y deseos, al Dios de Jesús, propio del cristiano adulto.

Con la Psicología profunda, creada por **C. G. Jung**, se inicia en Occidente una nueva etapa que reconoce la espiritualidad. En efecto, el trabajo psicológico-terapéutico no agota la totalidad del autoconocimiento solo con lograr una personalidad equilibrada.

Esta no es la dimensión esencial del hombre, ya que su verdadera identidad es de naturaleza espiritual, quedando atrás la psicología para dar paso a la espiritualidad. **Ken Wilber**, máximo exponente de la Psicología Transpersonal, señala un continuum entre psicología y espiritualidad a través de niveles de ampliación de conciencia en ascenso. Los más evolucionados, trans-racionales (trans-personales) o espirituales, incorporan experiencias místicas de distinto grado de unión con lo divino (**Wilber, 2003, p 274**).

Ciertas herramientas psicológico-espirituales, aparecidas en las últimas décadas del pasado siglo, están alcanzando difusión en nuestra cultura, aunque todavía no se hayan generalizado. Una de ellas es el Eneagrama (del griego emnea, nueve). Se trata de un mapa que guía a la persona en su itinerario psicológico y espiritual, de acuerdo con nueve modelos que la conducen hacia el encuentro con ella misma y con Dios, dejando atrás fijaciones, pasiones y trampas propias de cada tipo de ego o personalidad.

Más compleja y controvertida, por falta de evidencia científica, es la terapia holística llamada “**Constelaciones Familiares**”, creada por el ex-

LH n.322

sacerdote y terapeuta alemán **Bert Hellinger**. Autor de numerosos libros en los que a menudo se confronta con la espiritualidad y teología cristianas, Hellinger descubre el profundo vínculo inconsciente que existe en la familia, que condiciona la vida de algunos de sus miembros.

La terapia, difícil de explicar y entender racionalmente, tiene por objetivo la sanación de enfermedades y trastornos psíquico-espirituales, en cuyo origen profundo se descubren desórdenes del amor familiar: exclusiones, secretos inconfesados y vínculos inconscientes de amor ciego, de los que el paciente y su familia pueden acabar liberándose.

### 3/

## Hacia una Espiritualidad cristiana del siglo XXI.

La conocida frase del teólogo **K. Rahner**: “el cristiano del futuro (ya es presente) será un místico o no será”, comienza a referirse cada vez más a cualquier persona de nuestro tiempo en actitud de búsqueda interior.

Mística y espiritualidad convergen en el hombre con el descubrimiento del carácter sagrado de la existencia. Puesto que en una sociedad secularizada como la actual, las formas de creer en Dios han cambiado respecto al pasado, el cristianismo no debe olvidar dimensiones esenciales de su espiritualidad que le son constitutivas. Algunas de ellas se apuntan a continuación.

### 3/1

#### Una espiritualidad centrada en Jesucristo.

Para el cristiano es irrenunciable el hecho de que la relación del hombre con Dios queda mediatizada y vinculada definitivamente a la persona de Jesucristo. Esto significa que no tenemos un conocimiento previo sobre Dios que luego acomodamos a Jesús y su Evangelio.

Al contrario, el mensaje y la persona del nazareno, manifestados en su vida, muerte y resurrección, constituyen la clave para conocer a Dios, vivir la espiritualidad y afrontar esta vida.

El proceso de conversión al que Jesús nos invita comporta la renuncia al Dios omnipotente, mágico-infantil, que Freud bien señaló, para adherirnos al Dios de Jesús, que ofrece un mensaje universal de salvación a un mundo cuyas dificultades ha de gestionar el hombre.

Necesitamos una reforma interna de las estructuras de cristiandad, para dar paso a unas formas diferentes, que han de responder a los problemas de la sociedad actual. En este contexto, el mensaje y la persona de Jesucristo, que representa una humanidad plenamente lograda, continúan siendo valiosos por sí mismos.

### 3/2

#### Una espiritualidad gestada en el silencio.

Se ha dicho que el silencio no es tanto la ausencia de ruido exterior como la desaparición del ruido del ego (parloteo mental). Una espiritualidad silente es el soporte para que la Palabra de Dios resuene y se acoja en la morada del corazón; es la tierra fecunda donde crece el verdadero discernimiento.

En espiritualidad, silencio no es contrario a palabra. Es la sintonía entre el Espíritu de Dios y nuestro espíritu (**1Cor 2,12-14**),

## Mística y espiritualidad convergen en el hombre con el descubrimiento del carácter sagrado de la existencia

entre la Palabra de Dios y la nuestra. El silencio, por tanto, no es mutismo ni aislamiento, es interiorización y recogimiento para percibir la Presencia envolvente que ilumina toda la realidad y nos la entrega transfigurada.

### 3/3

#### Una espiritualidad atravesada por la “noche oscura”.

La noche oscura es una profunda crisis de transformación por la que atraviesa la toda la persona en su camino espiritual. En términos de Psicología profunda es el proceso doloroso de superación de un nivel de conciencia inferior para pasar a otro superior, integrando el primero. Representa un “descendimiento a los infiernos” de la propia identidad en su transformación hacia la trascendencia.

En términos cristianos, la noche oscura significa una participación en el Misterio Pascual de Cristo, una kenosis o despojo. Supone morir para resucitar como el grano de trigo (**Jn 12,24**).

San Juan de la Cruz ha descrito magistralmente la sintomatología, tanto a nivel psicológico como espiritual de la noche oscura.

En realidad, el místico carmelita distingue un total de cuatro noches en el camino hacia la unión con Dios; dos activas o ascéticas y dos pasivas o padecidas, por las que han de pasar los sentidos y el espíritu en el camino espiritual. Las del sentido permiten reconducir los deseos hacia Dios, mientras que las del espíritu ayudan a desmontar las falsas imágenes de Dios.

Las noches sanjuanistas suponen una crítica a la tesis de Feuerbach, al superar el Dios de la necesidad y descubrir el Dios de la absoluta gratuidad.

Atravesándolas, queda trascendido el deseo de apropiación de la divinidad, en la radicalidad que representa dejar a Dios ser Dios.

“Así, la noche es un momento de desvelamiento y de denuncia de aquella tendencia, específicamente humana, de servirse de los otros y de Dios so capa de amor desinteresado” (**Béjar, 2015, pp.67-68**).

### 3/4

#### Una espiritualidad comprometida.

El descentramiento de uno mismo y el compromiso con los demás deben ser un criterio ineludible de discernimiento de una espiritualidad cristiana auténtica.

Hoy se habla de una “mística desde abajo” o de “ojos abiertos” que hace creíble la espiritualidad solo en la medida en que existe fidelidad con el prójimo que sufre (**Mt 25,31-46**), en un mundo con tantas formas de injusticia, violencia y muerte.

Jesús criticó a los que solo se limitaban a decir ¡Señor, Señor! (**Mt 7,21**). No obstante, y acto seguido, rechaza también a los que, haciendo muchas cosas en favor de los demás, no han acogido la conversión a la Palabra de Dios (**Mt 7, 22-23**). Podemos estar muy comprometidos y poco convertidos, pues existen muchos autoengaños escondidos bajo el generoso voluntarismo en favor de los demás.

Es cierto que la espiritualidad se confirma como auténtica en el compromiso, pero compromiso y conversión no son exactamente la misma cosa. “María” es anterior a “Marta” (**Lc 10,38-42**), aunque ambas deben ser integradas. La integración de contemplación y acción debe ser fruto de un lúcido discernimiento personal y comunitario que propicie una espiritualidad con fuertes componentes proféticos, sensible a la injusticia y comprometida con el sufrimiento de las víctimas.

## 4/

### A modo de Epílogo: una Teología cristiana ante las “nuevas espiritualidades sin Dios”

En nuestra sociedad secularizada, asistimos a la irrupción de diversas tradiciones religiosas provenientes de Oriente -sobre todo el budismo-, probablemente como una reacción compensatoria a los presupuestos racionalistas de la modernidad y a la hegemonía histórica que el cristianismo ha tenido en los países occidentales.

En la búsqueda de referencias, estas tradiciones tienden a rechazar la religión institucionalizada, sustituyéndola por una espiritualidad que puede llegar a ser panteísta o atea. Para estas espiritualidades, el proceso, a base de un esfuerzo disciplinado, consiste en la vivencia interior que posibilita la ampliación de la propia conciencia. La meta es el despertar o iluminación. El yo personal es una realidad sin consistencia propia, una ilusión que hay que trascender para alcanzar el estado de iluminación.

Estas corrientes consideran que Dios -Energía o Universo- se identifica con el fondo último que sostiene y une toda la realidad. Representa un absoluto cósmico, a menudo impersonal, experimentable por el sujeto, pero sin posibilidad de comunión personal con Él. Más bien se trata de una experiencia oceánica de totalidad, en la que el yo individual quedaría fundido en el océano divino o universal.

La espiritualidad cristiana tiene puntos de encuentro con estas espiritualidades, a través de los cuales puede entrar en diálogo fructífero con ellas. Véanse algunas: la validez de la experiencia espiritual, la necesidad de morir al yo -“hombre

viejo” en san Pablo-, la realidad del pecado como oscurecimiento del ser, enfermedad o inconsciencia del yo, la importancia de la oración contemplativa y sus convergencias con la práctica budista zen, el compromiso que brota de la conversión y no de las necesidades del yo ilusorio.

Algunos místicos cristianos, como el maestro **Eckhart** y sus discípulos alemanes, san Juan de la Cruz, incluso santa Teresa, parecen buenos interlocutores para este diálogo, pues la unión con Dios la expresan en términos fusionales, de vacío posibilitador o “**nada**”, que se aproxima a la experiencia oceánica oriental.

Sin embargo, existen puntos fundamentales de desacuerdo que son irrenunciables en el cristianismo, para el cual Dios no es una abstracción, sino un Ser personal, manifestado en Jesucristo, mediador insustituible.

“Si la divinidad es cósmica, impersonal y omnipresente, desaparece cualquier relación. Para un absoluto impersonal carece de relevancia la relación de Cristo, y Jesús es uno más, sin diferencia alguna, porque el mundo de lo personal es ilusorio” (Estrada, 2018, p.194).

Por tanto, la espiritualidad cristiana y las nuevas espiritualidades pueden enriquecerse mutuamente, pero no es nada fácil alcanzar una síntesis entre ellas, pues hay elementos que son insustituibles en cada caso, y son difíciles de encajar.

A la vista de lo que acabamos de expresar, necesitamos hoy una Teología renovada, capaz de dialogar no solo con las nuevas espiritualidades, sino con la actual cultura secularizada, en la cual estas han brotado. Este momento representa para la Teología cristiana tomar distancia del atrincherado pensamiento neo-escolástico precedente, demasiado frío, racionalista y dualista

para la sensibilidad actual. El carácter apologético que ha acompañado a la Teología neo-escolástica tradicional, que generó una comprensión encorsetada del dogma cristiano, ha dificultado en mucho el encuentro de la fe cristiana con la cultura occidental en tiempos recientes.

Las formulaciones dogmáticas no son solo punto de llegada sino también punto de partida. De este modo, la fe puede llegar a encarnarse mejor en nuestra cultura.

Por medio de la Teología negativa, para la que Dios manifiesta su presencia en la ausencia, siendo más lo que no podemos decir de Él que lo que decimos, la Teología actual puede hacer más creíble el mensaje cristiano en el contexto postmoderno de las nuevas espiritualidades. Estas advierten a nuestra Teología de los peligros de un Dios demasiado antropomorfizado, proyectivo y separado.

Una Teología, además, que ha de ser sensible a la realidad simbólica, pues el símbolo, y no el concepto, es el lenguaje de lo sagrado; una Teología que debe incorporar en su reflexión, como temas imprescindibles, la corporeidad y la sensibilidad ecológica.

En definitiva, necesitamos hoy una Teología dialogante, humilde y abierta a la plenitud del Misterio que nos alberga, porque en “**Él vivimos, nos movemos y existimos**” (Hch 17, 28).

Misterio que también se manifiesta en las demás tradiciones religiosas y en cada ser humano.

#### Bibliografía

- ▶ **Béjar, J. S. (2015).** *Modernidad y Juan de la Cruz: del deseo de salvación a la salvación del deseo.* En San Juan de la Cruz. (49), p. 55-72.
- ▶ **Domínguez, C. (1992).** *Crear después de Freud.* Madrid: San Pablo.
- ▶ **Estrada, J. A. (2018).** *Las muertes de Dios. Ateísmo y espiritualidad.* El País, 17 de abril de 2017. Madrid: Trotta.
- ▶ **Wilber, K. (2003).** *Los tres ojos del conocimiento. La búsqueda de un nuevo paradigma.* La búsqueda de un nuevo paradigma. Barcelona: Kairós.